

RELATOS MÍNIMOS

Relatos y crónicas seleccionadas
de vecinas y vecinos sobre la ciudad
que festeja su tricentenario.

300
ROSARIO



Municipalidad de
Rosario

Relatos mínimos

**Relatos y crónicas de vecinas
y vecinos sobre la ciudad
que festeja su tricentenario.**

Estas son algunas de las micro historias que se presentaron para participar del Concurso Literario TRESCIENTAS ROSARIO, relatos que consideramos una enérgica pieza de interacción, clave para fomentar la innovación colectiva que sostiene nuestra habitabilidad común.

La creatividad es un distintivo de Rosario, lo que ha sostenido las tradiciones, las leyendas y sigue siendo clave en fortalecer las riquezas de nuestra idiosincrasia.

La fuerza de estos relatos cobra especial relevancia, dado que quienes escriben estas historias, pintan mundos desconocidos en los límites de Rosario, nuevas miradas de distintas procedencias que convergen creando una comunidad cultural imaginativa y diversa.

Estas son algunas de las historias seleccionadas que nos hablan de la nostalgia por lo pasado y otras, de las ilusiones o fantasías de lo por venir. Historias que reflejan experiencias de sus protagonistas y nos acercan a los sueños, las luchas, alegrías, tristezas, esperanzas, frustraciones y las genuinas motivaciones de sus pobladores, que encontraron en esta ciudad un lugar para estar y ser partes.

Esta antología es una oportunidad de encuentro de lo visible, irreductible, lo perdurable, nuestro trascender en palabras que tejen una nueva ciudad, le dan el sentido de pertenencia y nos reúnen. Estos relatos nos ayudan también a visualizar y empatizar con los habitantes del Tricentenario de la Rosario de 2025.

Ha sido importante la cooperación y colaboración de todos los actores quienes participaron en el Concurso Literario TRESCIENTAS ROSARIO.

Ojalá esta obra trascienda e inspire a mirar con otros ojos a nuestra ciudad tan amada siempre.

INDICE

<i>El poeta de los muros</i>	
Marisol Baltare.....	6
<i>Adoquines eternos</i>	
Fernando Spinassi.....	10
<i>Hortensia</i>	
Marianela Taborelli.....	12
<i>Triple primavera</i>	
Alejandro Olivieri.....	17
<i>Conocer Rosario y quererla</i>	
Patricia Bessone.....	19
<i>Las cortaditas de Empalme</i>	
Sergio R. Pizzirusso.....	22
<i>Mi hermosa Rosario</i>	
Natalia Silva.....	26
<i>Ciudad de un río y una virgen.</i>	
Pablo Kuhn.....	28
<i>La casa de la calle Arijón</i>	
Susana Domínguez.....	29
<i>Un poeta rey</i>	
María del Carmen Reyes.....	30
<i>Foto con la estatua</i>	
Alberto Kreimer Urkovich.....	32
<i>Con los ojos bien abiertos</i>	
Alicia Velazquez.....	34
<i>Esquinas</i>	
Ezequiel Caminiti.....	37
<i>In memoriam</i>	
Daniela Cucco Catzaroff.....	41
<i>El triangulito en el Sur</i>	
Olga Pedemonte.....	46

Marisol Baltare

EL POETA DE LOS MUROS

Yo trabajaba por calle Laprida, en pleno centro, a media cuadra de la plaza 25 de Mayo. El negocio era agencia de loterías y cochera de autos a la vez. Atendía ambas cosas desde un cubículo de vidrio, sentada en una butaca. La gente que venía a jugar al Quini o a la quiniela no necesariamente tenía que entrar al negocio, algunos rodeaban el cubículo de vidrio y me extendían las boletas por la misma ventanilla desde donde yo despachaba los tickets de los autos. Otros no, entraban al local, se quedaban horas mirando los extractos, analizando estrategias, garabateando las cifras más salidoras. La recaudación de las jugadas era mínima en comparación con los autos que entraban, así que la prioridad era la cochera. A los jugadores no les molestaba esperar. Era absolutamente contraria la dinámica de ambos rubros, los conductores por lo general tiraban el auto en lugar de estacionarlo, me hacían una seña para que yo guardara el ticket y salían disparados hacia algún lugar al que estaban llegando tarde.

Una vez apareció un tipo barbudo y un poco panzón, entró por la puerta del frente de la agencia y apoyó un codo sobre el mostrador que había al pie de los extractos de la lotería. Se quedó mirándome un rato. Yo debo haberle preguntado qué necesitaba, él no me contestó nada.

Yo leía, leía mucho. De las diez horas que trabajaba, nueve leía. Había estabilizado un poco mi economía y podía comprarme libros y elegirlos. Más que nada elegirlos, antes siempre sacaba lo que había en alguna biblioteca cerca.

La gente que iba al negocio me decía: Cada vez que vengo estás leyendo.

Les asombraba eso. Era un trabajo aburrido, pero me adap-

té con facilidad a ese tedio porque me permitía una conciencia voluntaria y ociosa porque era organizativa y valiosa para mi interioridad. A veces sentía la concentración de todo eso en las yemas de los dedos.

No había internet en los celulares de ese tiempo. En el mío, al menos no. Yo escribía todo lo que escribía en un cuaderno o en hojas sueltas. Algunas tardes me aburría tanto que me inventaba juegos, les escribía poemas atrás del ticket a las personas apuradas que me dejaban el auto tirado, poesías con palabras que empezaran con las mismas letras de la patente, por ejemplo.

Yo trabajaba desde el mediodía hasta que empezaba a anochecer, mi jefe llegaba para cerrar. Una noche me preguntó si seguía viniendo alguien, lo describió, uno de los muchos personajes raros que circulaban por ahí.

Sí, seguía viniendo. Yo le pregunté por este tipo. No, él no lo tenía visto.

El tipo barbudo y un poco panzón aparecía dos por tres. Entraba y apoyaba un codo sobre el mostrador que había al pie de los extractos. Se quedaba mirándome, yo le hablaba algo. Él sonreía, callado. Yo seguía atendiendo otra gente que llegaba. O seguía leyendo. O escribiendo. A veces al rato él se ponía a hablar solo. Yo levantaba la vista y lo veía mirando los árboles que había en la esquina. Sus ojos siguiendo el recorrido de algún pájaro que cruzaba el cielo.

En algún momento dejó de venir.

En aquel tiempo yo vivía frente a la Seccional Primera, para ir a trabajar siempre hacía el mismo recorrido, caminaba por Juan Manuel de Rosas hasta Córdoba, pasaba por El Monumento y cruzaba la plaza en diagonal. Un mediodía fui por Buenos Aires, en la esquina de Rioja vi un mural pintado con la cara del tipo barbudo. Lo reconocí enseguida. El mismo gorrito con orejeras que traía al negocio.

Se murió, pensé. Pensé exactamente eso: Se murió, por eso no vino más.

Unos años después empecé a ir a un taller literario. A mí me gustaba leer y escribir, pero se me escapaba casi todo lo que sucedía en ese lugar. Igual me esforzaba. En mitad de las clases había un recreo, tomábamos café y comíamos alfajores en la cocina. Los que fumábamos salíamos al patio, la puerta quedaba entornada o abierta, las conversaciones se entrecruzaban unas con otras. Una vez alguien mencionó a Cachilo, preguntó si lo habíamos llegado a conocer.

Yo sí, pensé. O lo dije.

Entonces otra persona preguntó en qué año había muerto. Noventa y uno o noventa y dos.

No puede ser, pensé. No dije nada. Cuando llegué a casa googleé y sí: 4 de octubre de 1991.

Cuando él llegaba y se acodaba sobre el mostrador al pie de los extractos era un tiempo posterior a esa fecha. Yo, en aquella época, desconocía la existencia del poeta de los muros. No sabía que en Rosario había existido un hombre con una vida más o menos normal u ordenada hasta que en algún momento decidió hacerse linyera. Que escribía poesías en las paredes de la ciudad y terminó siendo famoso. Lo supe después.

A veces pienso preguntas que me haría cualquiera: ¿No sería alguien parecido a él? Cualquier linyera que se puso un gorro con orejeras. ¿Es posible que apareciera en medio de la tarde? ¿A plena luz del día?

Me acuerdo de su voz. Y de sus ojos. Cuando llegaba por calle San Lorenzo y me miraba a través del vidrio mientras abría la puerta, entraba y se acodaba en el mostrador al pie de los extractos. No me incomodaba su mirada. Me gustaba que fuese, que se quedara un rato así, que después llenara con su voz el sonido de la tarde diciendo cosas que yo no podía entenderle. Que no era preciso entender.

Después se iba, había un instante en el que decidía irse, giraba el cuerpo y se quedaba quieto un segundo más, de espaldas a mí, frente a la puerta. Me acuerdo de su espalda, el color del saco que llevaba puesto, las costuras de las mangas a medio descoser, el contorno de su cuerpo plagado de luz.

Fernando Spinassi

ADOQUINES ETERNOS

Por una pérdida de agua en la calle se fue degradando el asfalto y con el paso de los vehículos aparecieron los viejos adoquines de granito, esos tallados con una ingeniería milenaria preparados para resistir tanto el paso de los pesados carros como el paso del tiempo. Estoy parado dentro del corralito que armaron a su alrededor, no sé si para evitar las molestias de los automovilistas o para evitar que estas esculturas se escapen por la calzada, y veo que después de tantos años a la sombra vuelven a recibir unos rayos de sol y el peso de algunas hojas de otoño.

Don Atilio vive frente a mi casa. Todos los días a la mañana saca a la vereda, con cara de orgullo, su lujoso Chevrolet 46. Abre sus cuatro puertas y con un plumero blanco, suave de mango amarillo, igual al que teníamos en la sala de casa para pasarle al piano, comienza a repasar esa superficie negra, lustrosa, impecable, limpiando lo que está limpio. Cinco minutos más tarde, inefablemente sale a la vereda Margarita, la vecina. Como todos los días saluda y espera. Don Atilio hace una alusión al corralito que le armaron frente a su portón y que no puede salir con el auto, aunque todos sabemos que ese Chevrolet no circula desde cuando pisaba todos los adoquines de la vieja ciudad.

Veo los adoquines que aparecieron frente a mi casa bajo el asfalto, y no puedo evitar meterme en el corralito que puso Aguas Santafesinas y pararme sobre ellos. Se me viene encima la otra ciudad que quedó debajo de esta. La de las calles empedradas donde salíamos a jugar, andar en bici, sin riesgos, con nuestros padres en casa sin preocuparse por dónde andaríamos. A la pelota, el partido era de vereda a vereda en diagonal para que la cancha sea más ancha y cada tanto alguien gritaba “paren que por la esquina viene el auto de Don

Atilio". Así era el tránsito en el barrio. Veo estos adoquines que por un momento volvieron a ver la luz del sol y pienso que yo también he recibido varias capas de asfalto sobre lo que fui de niño y es bueno que así haya sido tanto para la ciudad como para mí, aunque de vez en cuando no nos viene mal una pequeña pérdida de agua.

Marianela Taborelli
HORTENSIA

Una boda -por más austera que pretenda ser- requiere de un grado de organización para el que pocas veces se está preparado porque casarse no es un trámite de todos los días, aunque, algunos masoquistas o muy creyentes del amor prefieren “poner el gancho” más de una vez.

No sabemos ni vamos a averiguar el motivo que los llevó a ellos a tomar la decisión, al final de la historia tampoco va a importar.

Les correspondía realizar el trámite -no menor- en el Centro Municipal de Distrito “Villa Hortensia”, una antigua casona del siglo XIX construida por encargo de José Nicolás Puccio.

Como las burocracias lo exigen, se dirigieron dos meses antes a sacar el turno correspondiente.

Entraron a la casona, subieron la escalera de ingreso y siguieron las indicaciones de los carteles hasta la mesa de entrada del registro civil.

Detrás de un escritorio labrado de madera esperaba -mientras mataba el tiempo tomando mates- una señora a la que se le dejaban ver bastantes canas y que necesitaba lentes para poder divisar el número de atención que le correspondía a la pareja en cuestión.

Esperaron unos quince minutos observando cada detalle de la casona restaurada.

-Adelante, -les dice la empleada. Tenía un cartel de identificación que colgaba de su camisa con su nombre: Hortensia María.

-Queremos sacar turno para casarnos-, comenta ella.

-¡Qué decisión!, -acota Hortensia y saca una agenda de papel, dato extraño en momentos en que todo está digitalizado.

Revisa las hojas, todas immaculadas y sin escrituras y les dice: -Les puedo dar un turno para el martes 13 de mayo.

-¿Martes 13?!, -se escuchó al unísono como si estuviera ensayado por la pareja.

-Sí, es lo único que tengo para ofrecerles, sino tienen que esperar seis meses más.

Ellos se miraron y aunque vieron que la agenda estaba vacía en el resto de los días asintieron. Sin hablar se sintió en el aire un consentimiento por apostar a esa fecha. Entregaron sus documentos y cerraron el trámite.

Hortensia les entregó un papel recordatorio por si -increíblemente- se olvidaban de la fecha: Martes 13 de mayo, 10:30 h, Registro Civil de Villa Hortensia.

Al despedirlos les dijo: -Gracias por venir y entiendan todas las señales.

Parece que de la emoción o los nervios ellos no escucharon o no procesaron esa frase en el momento.

Faltaban 57 días para el casamiento, el tiempo apremiaba así que había que prever todas y cada una de las cosas que se puedan necesitar para ese día.

Pero, se enteraron que los primeros días de junio la Municipalidad organizaba visitas guiadas al Centro de Distrito Villa Hortensia y les pareció buena idea recorrer juntos el lugar donde sellarían su unión.

En ese momento, ella piensa en voz alta: -¿Te acordás que la mujer que nos atendió se llamaba Hortensia? Igual que el Distrito, ¡qué coincidencia!

Él sintió regresar en el tiempo y le respondió: - ¿Esa mujer

dijo algo de unas señales o yo estoy loco?

-¡Nada que ver!, -contestó ella y siguió buscando el cotillón que compraría para la fiesta en Mercado Libre.

Mientras tanto, él los anotaba para hacer la visita guiada el sábado a las 13hs.

Él, aficionado de la fotografía, preparó su cámara para el día de la visita guiada y fueron caminando las trece cuadras que los separaban del lugar.

Un hombre de camisa e identificado con el logo de la municipalidad los esperaba en la puerta. En diez minutos se armó un grupo de alrededor de doce personas y junto con el guía dieron inicio a la actividad.

Mientras caminaban, el trabajador del lugar les contaba que, en la zona norte de la ciudad, es un boca a boca la historia sobre el distrito que le correspondió a Ciro Echesortu, casado con Hortensia Larrechea. Este matrimonio tenía una hija también llamada Hortensia, quien se casó con Alfredo Rouillón.

La arquitectura conservada y los colores claros del lugar contrastaban con las caras de los visitantes cuando se les contó que, entre otras cosas, los vecinos aseguran que cuando el edificio estaba abandonado y sin energía eléctrica, por las noches las luces se encendían y se apagaban repetidas veces.

Una hora subiendo y bajando escaleras y de información con datos históricos que si no tienen algún detalle particular que llame la atención se olvidan al salir. Pero, también les ofrecieron media hora libre de recorrido.

Ahí él tomó su cámara y capturaba cada detalle arquitectónico, las expresiones del paso del tiempo y el gran jardín del lugar.

Estaban en la habitación que fue de Hortensia donde ahora funciona el registro civil. El espacio con un techo alto en estilo de cúpula tiene un arco de hojas metálicas doradas muy imponente.

Le dijo a ella: -Parate ahí abajo que te saco una foto así vamos preparando el ángulo que más nos conviene para el día de la boda.

Por supuesto, ella no se negó y los flashes fueron varios.

Salieron del lugar con la ilusión de que volverían el martes 13 de mayo para dar el "sí".

Dos o tres días después, él recurre a la cámara para ver los registros que habían quedado de la visita del sábado pasado.

Para su sorpresa, en todas y cada una de las fotos que le había sacado a ella aparecía alguien abrazándola. Hizo zoom descreído y vio que quien la abrazaba era su mejor amigo, pero él no había participado de esa visita.

Eran las únicas fotos que presentaban una escena que no fue la de la realidad objetiva de ese día, el resto de las fotos respetaban el recuerdo de su retina.

Si bien no estaba seguro, ató cabos y se acordó de Hortensia y de las señales que había observado. Esa misma noche se fue sin destino conocido perdiendo contacto con las personas que hasta entonces formaban parte de su círculo íntimo.

Cinco años después, por el placer de tropezar con la misma piedra, por amor puro o quién sabe por qué, volvió al registro civil acompañado por su nueva pareja a pedir un nuevo turno para casarse.

Allí estaba -un tanto más avejentada- Hortensia.

Esperaron unos quince minutos observando cada detalle de la casona restaurada.

-Adelante-, les dice.

-Queremos sacar turno para casarnos a mitad de mes-, comenta ella.

-¡Qué decisión!-, acota Hortensia y saca una agenda de papel, dato extraño en momentos en que todo está más digitalizado aún.

Revisa las hojas, todas inmaculadas y sin escrituras y les dice:
-Les puedo dar un turno para el lunes 12 de agosto, el martes 13 lo tengo todo ocupado.

Alejandro Olivieri
TRIPLE PRIMAVERA

La sicología le llama “anclaje”. Dicen que las anclas nos transportan instantáneamente a momentos pasados, y que un ancla puede ser un olor, un sabor, una palabra, un lugar. Por ejemplo, ayer a la tarde me senté en un bar del centro y pedí un triple primavera. Algo tan sencillo como eso, pero me trajo cosas a la memoria y no quise dejar que se escapen. “Eso hay que escribirlo” diría la profe del taller literario.

El triple primavera es heredero del tramezzino italiano, un sándwich de forma triangular, que se elabora con pan de molde y se rellena con atún, aceitunas y jamón. El triple primavera, en cambio, lleva jamón cocido, queso, rodajas de tomate y hojas de lechuga, y se unta con mayonesa. La forma final del triple primavera nos habla de la generosidad en su preparación. Si la palabra “triple” se aplica a los triángulos de pan, entonces el sándwich consta de dos capas, una de jamón cocido y queso, y otra de tomate y lechuga, lo que requiere tres panes, uno en el medio y dos en calidad de tapas. Existe una versión más generosa, sin embargo, que aplica la palabra “triple” a las capas de relleno: dos externas de jamón y queso, y una interna de tomate y lechuga. Consume, por lo tanto, cuatro panes, aunque nadie le llama “un cuádruple”. Es la versión que comí ayer.

Vuelvo al punto inicial. Yo tendría entre ocho y diez años. En el barrio Pichincha nuestras diversiones incluían, en la mañana del domingo, un partido de fútbol en el Parque Norte, a la tarde un paseo por la estación de trenes Rosario Norte, con la promesa de que nos comprarán un comic de Superman o Batman, y en las vacaciones, una carrera de autos de plástico rellenos con la masilla del vidriero de enfrente. En uno de aquellos veranos, pasé casi toda la mañana jugando en el zaguán de mi antigua casa con pequeños bloques ensamblables

con forma de ladrillo, armando camiones, castillos y robots. Los bloques estaban hechos de un material gomoso que despedía un olor especial, bastante penetrante. Llegado el mediodía, y sin lavarme las manos, comí unos triples primavera preparados por mi madre. El aroma de los bloques pasó a formar parte del sabor de los triples, y se quedó amarrado para siempre a mi memoria. Aún hoy, décadas después de aquel incidente, cada vez que como un triple primavera, le siento gusto a goma. Pero no a cualquier goma, sino justamente a la de aquellos ladrillos. Tanto que cada vez que ordeno uno en un bar, me dan ganas de pedir un favor especial: “no se olviden de ponerle, junto con la mayonesa, una dosis extra de esencia con sabor a goma de ladrillo de juguete. Hoy quiero revivir un recuerdo, y lo quiero más intenso que nunca”.

Patricia Bessone

CONOCER ROSARIO Y QUERERLA

Nací en Rosario. A los dos años nos fuimos a vivir a un pueblo, pequeño gran pueblo. Lugar que marcó mi infancia y mi adolescencia.

Me gustaba venir a Rosario, de la mano de mi mamá y de mi papá, a visitar familiares, amigos, al médico, de compras, etc., etc. Y si me soltaban la mano, me perdía. No conocía las calles, ni los barrios.

Mi papá a menudo debía viajar a Rosario para realizar trámites.

Un día me sugirió que lo acompañe. ¡Y yo ya estaba arriba del auto antes que terminara la frase!

Desde ese día viajaba con él. Llegábamos a Rosario y él me dejaba en Córdoba y Entre Ríos.

Como recién conté, si me soltaban la mano, me perdía. Por eso caminaba una cuadra hacia cada esquina y volvía a Córdoba y Entre Ríos. Sólo era distinto cuando iba hacia Corrientes, porque entraba a Librería Ross y ahí perdía la noción del tiempo. Y siempre salía con nuevos libros.

Lo esperaba a mi papá a la hora convenida en la misma esquina donde me había dejado e íbamos a comer a un restaurante que se encontraba en la Galería Rosario, en el primer piso.

Siempre debíamos esperar que abriera algún comercio al que mi papá debía visitar.

Entonces ese tiempo de espera lo disfrutábamos muchísimo los dos: íbamos al Cine Heraldo, en la calle San Martín al 800, a ver dibujos animados en continuado. Se podía entrar a cualquier hora. A mi me gustaban todos y mi papá era fan

de Tom y Jerry.

No recuerdo si cada media hora o cada hora cortaban los dibujitos y pasaban Sucesos Argentinos, el primer noticiero cinematográfico argentino. Poder ver noticias importantes en pantalla grande y en una época donde no teníamos televisión era muy interesante.

A los 17 años regresé a Rosario, a estudiar. Y ya no me fui.

Si miro hacia atrás y empiezo a tejer mi historia desde esos días, pisando la adultez, aparecen los recuerdos de ese primer año.

Ya no tenía la mano de mi mamá o de mi papá para no perderme, ni podía caminar una cuadra hacia Rioja y volver hacia Córdoba y Entre Ríos o por Córdoba hacia Mitre y volver.

Así que podía recurrir al mapa que me habían fabricado, o guardado el mapa, equivocarme de dirección y caminar cuadras de más.

Recuerdo una noche, 22 horas, pensión en Rioja al 1600, ya dos o tres semanas de instalada en Rosario, debía buscar unos apuntes en la casa de una nueva compañera de la facultad, en 9 de Julio y Maipú.

Una amiga me acompañó, tomamos el Expreso Alberdi, la "A", llegamos de la compañera y cuando estábamos volviendo, le sugerí no bajarnos y hacer todo el recorrido, ver hasta dónde llegaba y bajarnos cuando regresara al centro. Le gustó la idea.

Comenzamos a disfrutar del viaje, dejamos atrás las calles céntricas y luego la zona de la Terminal de Ómnibus.

Avenida Alberdi, Boulevard Rondeau y nosotras entusiasmadas mirando los distintos paisajes por las ventanillas.

Cerca de las 24 horas llegó el colectivo al Control y antes de entrar a Granadero Baigorria, frenó. Sólo nosotras dos. El

chofer nos indicó que ahí terminaba el recorrido. Muy tranquilas le decimos que volvíamos al centro. Cuando nos dijo que debíamos pagar otro boleto, aparece la desesperación, ¡sólo habíamos llevado dinero para dos boletos! Muy bondadoso el chofer nos llevó de vuelta sin cobrarnos.

Así empecé a conocer Rosario de día y de noche, y a quererla.

La historia se sigue tejiendo armando el tapiz de mi vida con distintos colores y distintas tramas, recibirme de psicóloga, casarme, tener a mis hijos, trabajar, recibir a mis nietos. Pero ese es otro capítulo.

Sergio R. Pizzirusso

LAS CORTADITAS DE EMPALME

Hay muchas calles importantes, algunas en poemas, otras en canciones, algunas aparecen en películas; con el inolvidable beso de la escena final o algún videoclip ochentero son esas calles emblemáticas; mostradas con orgullo, y hasta aparecen algunos monumentos o teatros históricos. ¿Y los pasajes?, esas famosas callecitas de una o dos cuadras, acá en el barrio le decimos cortadas o cortaditas; algunas son angostitas cómo pasadizo secreto, son muchas veces ignoradas por quienes no viven allí o no tienen algún ser querido. Yo las quiero rescatar de su olvido o desconocimiento a esas queridas cortadas de mi Empalme Graneros. Entiendo que no son muy suntuosas, ni estrafalarias o no conducen a ninguna calle importante, tal vez se corten en algún paredón de alguna vieja fábrica. Pero les aseguro que son especiales. Estas tres cortadas que les contaré, salen a Juanjo; así le decimos a Juan José Paso, la calle comercial más importante del barrio o salen a Génova; la segunda calle importante del barrio, estas cortaditas tienen una o dos cuadras, pasan desapercibidas entre el intenso tránsito; autos que van y vienen sin saber el valor emotivo que tienen estos pasajes, estas callecitas tienen lo pintoresco de la gente que compartió parte de nuestra vida.

Vamos por parte para que no se choquen las bicis.

El pasaje Fillol dónde vivía mi abuelita materna, a una cuadra de casa, iba de José Ingenieros hasta Génova, es decir; tenía una sola cuadra, recuerdo los buenos vecinos como los Córdoba, unos abuelitos simpáticos y a los ortivas también los recuerdo, pero no diré nada de ellos para evitar disturbios y díganme: ¿Qué cuadra no tiene a ese vecino amargo?, quizás hasta yo lo sea y no me han avisado. En pasaje Fillol recuerdo que había un espacio con dos canchitas de bochas, ahí se congregaban los domingos a jugar los legendarios atletas de

arrimar el bochín porque era todo un trabajo de precisión. Era gracioso ir al almacén de la esquina, porque me decían: “Andá a lo de Doña Marina a comprar galletas marinas”, eran para mi abuela, iba con un papelito para no olvidar los otros productos. En la casa de enfrente vivía una familia, donde una señora arreglaba y emparchaba pelotas de cuero, esas de gajos y cámaras, las dejaba como nuevas, bien redondas y engrasadas porque eran de cuero; así uno se ganaba el cariño de los amiguitos del barrio. Era nivel ídolo del club prácticamente porque no todos tenían pelota y los pocos que tenían, su madre no los dejaba llevarlas al campito. Lo que más orgullo me daba era decirles a mis amiguitos que el pasaje se llamaba Fillol por el legendario arquero de la selección argentina y de River, bolazo futbolero mío, pero hasta yo me lo creía, aunque en el fondo sabía que no era así.

Otro pasaje igual que Fillol, es el Massana, también va de Ingenieros a Génova, ahí vivía una pareja de folkloristas muy conocidos, el dúo Cerro Medina, me daban clases de guitarra, ellos tenían una manera sencilla y práctica para que los niños aprendiéramos a tocar y cantar zambas, chacareras, algún valsecito criollo y otras canciones populares, iban muchos compañeros de la escuela, niñas y niños del barrio. Yo tenía nueve años, pero recuerdo muy bien la guitarra que me compró mi viejo, ese aroma, no sólo a nuevo, sino a madera lustrada, a cuerdas impecables. Fue un lindo tiempo donde me lucía tocando en la casa de la tía y el tío, algún sábado a la noche, de esos que extraño tanto, entre risas y charlas de la cena, la tía decía: “Sergio tócate algo en la guitarra”, ahí llegaba el tiempo de sacar la guitarra de la funda y la carpeta con las canciones y notas. La coronación era cuando tocábamos en algún acto escolar, una vez tocamos Merceditas con cinco guitarras y algunas madres que se animaron. Fue un día soleado y un profesor nos sugirió dejar la guitarra con las cuerdas para abajo porque el sol las iba a destemprar.

El último pasaje que traigo es Aquino, es más largo que las otras dos cortaditas; ojo ¿eh?, tiene dos cuadras, este sale a

Juanjo. Ahí vivía el novio de una amiga, que después se convirtió en un buen amigo de risas y hasta me hizo entrar en un laburo. Siempre bromeábamos con mí viejo haciendo un juego de palabras “Aquino, si Aquí-no es, entonces: ¿dónde es?”

Podés creer qué este amigo falleció en España y nos enteramos unos años después, perdimos contacto en los años 90' s por esas cosas de las personas que se alejan, sin saber bien el motivo. Nos dolió mucho con otro amigo enterarnos así, es que nos habíamos reído tanto con ese loco, compartimos tantos buenos momentos, nos quedó un lindo recuerdo. Cuando íbamos a su casa del pasaje Aquino escuchábamos música en su pieza con su equipo de música que les tenía prohibido tocar a sus hermanos. A veces mientras él noviaba con mi amiga, yo con una dulce muchachita nos besamos, fue una noviecita linda que tuve sin saber bien lo que era tener novia, hasta que se enteró mi vieja y casi me mata. “Catorce años che y con novia, ponete a estudiar hacéme el favor”, -me decía y fin del asunto. En su casa de pasaje Aquino festejamos sus dieciocho, porque antes se hacían en las casas esos eventos importantes, bueno, en estos tiempos creo que muchos quince y dieciochos se siguen festejando en las casas. Me acuerdo que contamos muchos chistes malos y nos reíamos a carcajadas, porque era el chiste malo de un amigo y la alegría de estar juntos era lo mejor de esa noche. Un sábado a la noche miramos una película de terror por la tele, de esas que pasaban a las 10 de la noche por canal 5 o canal 3, hasta presentador local tenían, estábamos en casa de su novia y quedó tan julepeado el muchacho que le pidió a otro amigo mayor que nosotros que lo acompañara a su casa, ya era medianoche y era entendible el miedo a algún vampiro o que el hombre lobo se te cruce en alguna cortada. Mirá vos cómo cambian los miedos según los tiempos, hoy son otros los miedos muy distintos, hoy el “hombre loboludo” con un arma en la mano se te puede cruzar.

En ese pasaje querido, acabé el duelo, tuve la oportunidad de hablar con su hermana y me contó cómo fue su desgracia

y todo el dolor para su familia. Sentí que cerré una etapa y que lo despedimos con cariño.

Ahora cuando paso por cualquier cortadita me pregunto: ¿cuántas historias de vida habrá ahí? Mirá si algún futuro famoso o crack del fútbol vive allí o simplemente una abuelita, algún profe de guitarra criolla, alguna persona especial para alguien, capaz nomás que se festejan muchos cumpleaños, de esos inolvidables con chistes malos tal vez, pero es el chiste malo de ese amigo irrepetible.

Porque con los años aprendí que tu amigo no te cuenta un chiste malo, es el chiste malo que más risa te da porque es de tu amigo o el aroma a torta que sale de esas callecitas es el más rico que el de la panadería porque la horneó tu abuela. Por eso una cortadita no es insignificante, no es un mero pasaje de una a dos cuadras, es la historia de tu vida, mi amigo.

Natalia Silva

MI HERMOSA ROSARIO

Hablar de mi ciudad, de nuestra ciudad es una caricia al alma es el lugar donde mis padres decidieron, eligieron que nosotros sus hijos vivan, y estoy orgullosa de ello y agradecida, feliz de ser rosarina. En este momento pensando en las cosas lindas que he vivido se me vienen miles de recuerdos de mi infancia feliz y muy linda, tengo mis mejores vivencias y guardo en mi corazón cada calle, lugar, recorridos porque en cada uno de ellos fui feliz. Pasé muchas cosas no tan buenas, pero es parte de la vida y de mi historia en esta ciudad.

Sigo recorriendo mi infancia en mi mente en mis recuerdos y se vienen las hermosas juntadas de amigos por la peatonal Córdoba, fines de semanas en el bowling, domingos de Parque Alem, de Parque España; hermosos lugares y en cada uno de ellos, deje mi huella y ellos en mí. Sigo pasando por mis recuerdos y cómo olvidar la anécdota de las inundaciones de los años 80' s que yo lo viví como algo muy divertido por ser tan chica pero no lo era, me quedó muy registrado ese momento. Recuerdo estar en la casa de mi vecina ya era la única que tenía casa en un segundo piso y todos los niños fuimos a parar ahí buscando refugio mientras nuestros papás se quedaban en las casas. Cosas que sí marcaron mí vida en esta ciudad como mis padres que decidieron vivir y criarnos acá y yo decidí lo mismo con los míos aún teniendo yo la posibilidad de irme del país o a otra ciudad, decidí que los míos vivieran acá donde actualmente las cosas no están bien como uno quisiera, pero es parte también de la vida. El amor por mi ciudad pudo y puede más, por eso decido que nuestras vidas continúen aquí, eligiendo por ejemplo un colegio en el que es hermoso el paisaje y un lugar muy tranquilo para los míos donde pueden caminar y apreciar la maravilla de los árboles, las flores, las estructuras, las casas y demás sobre el boulevard Oroño.

Por esto y muchísimas cosas más es que decido hoy y siempre mi hermosa ciudad de Rosario.

Pablo Kuhn
CIUDAD DE UN RÍO Y UNA VIRGEN

A la ciudad la trajo el río. Fue hace trescientos años.

La acunó en sus aguas por un largo camino y la depositó en un lugar escogido entre barrancas protectoras, la abrazó con sus recodos y jamás la abandonó.

No buscó montañas imponentes para confiarle la custodia, no la llevó a la vera de un mar inmenso para mirar muy lejos, la dejó allí como padre presente con corrientes que no cesarían en su paso viéndola crecer en la llanura abierta, sin fronteras limitantes con uno que otro arroyo jugueteando a sus costados, igual que críos ondulantes y traviesos.

Eligió el sitio como presintiendo que alguien vendría alguna vez con sublime inspiración a crear una bandera, ya estaban los colores desplegados en tanto cielo.

Sabría también el río que se alzaría después una nave de hormigón y mármol, anclada a su costado, celebrando la creación.

La ciudad tuvo a un río padre y fundador y a la Madre Virgen que le dio su nombre.

Susana Domínguez

LA CASA DE LA CALLE ARIJÓN

Cada vez que paseo por Rosario, me encanta pasar caminando frente a la casa que me vio nacer. Me invaden los recuerdos, los mejores de mi vida. Cuando me acerco a su puerta, parece ser que todos esos recuerdos cobran vida y me veo entrar corriendo al mediodía al regreso de la escuela, mientras disfrutaba ese olorcito a sopa recién hecha que hacía mi madre y perfumaba su cocina.

¡Qué tiempos tan lindos viví en ese hogar!, humilde pero lleno de amor, paz y alegría.

En la casa de mis padres, hoy ya no vive nadie y tampoco nadie pasa sus tardecitas sentados en la vereda, tomando mate y conversando con los vecinos. Hoy la calle angosta de entonces es una ancha avenida...

¡Cuántos recuerdos llegan a mi mente! Años inolvidables de infancia y juventud que nunca se irán de mi corazón.

María del Carmen Reyes
UN POETA REY

Alfonso Alonso Aragón, “El poeta Aragón”, había nacido en España, en 1891.

En busca de una vida mejor, como muchos europeos, se embarcó para América y arribó al puerto de Buenos Aires en 1910.

Según sus relatos había trabajado de hombre sándwich, como capataz de una cuadrilla publicitaria. En 1921 hizo un viaje para conocer Rosario y aquí se radica definitivamente. Trabajó en una fábrica de turrónes, fue changarín y mandadero para una agencia de loterías. Personaje pintoresco, ingenuo y medio loco, vivió su propia ilusión. De baja estatura, superaba levemente al buzón postal, piel muy blanca, cabello largo, con bigotes, pobladas cejas, mirada vivaz y un andar rápido.

Se comentaba que un ex intendente le había regalado un par de zapatos blancos que usó por años, aunque eran tres números más grandes.

Siempre vivió en la zona próxima a la estación de trenes Rosario Norte en el barrio “Pichincha”.

El historiador Vladimir Mikielievich decía que Aragón se mezclaba en el ambiente nocturno rosarino, con periodistas, actores y escritores.

Relataba que su inocencia lo hizo pronto blanco de bromas. La mayor de ellas fue convencerlo de encarnar el legendario Rey Momo de los carnavales en los corsos que hacia 1930 alegraban la ciudad.

El mismo Aragón afirmó en una entrevista que el intendente Culaciatti le había adjudicado el título de “Rey Momo”, porque ya era famoso como poeta muchos años atrás.

Como poeta, sus palabras fluían sin pausa, desordenadamente, sin métrica ni rima.

Si de alguna mesa de bar lo llamaban, a cambio de unas monedas escribía palabras que nadie logró comprender, sobre un trozo de papel o servilleta.

Luego se arrimaba al mostrador para pedir un vaso de vino, cerveza o un café.

Durante más de treinta años reinó en los carnavales de Rosario, oficiaba de "Rey Momo" sobre una carroza en la parte más alta sentado en una silla pintada de dorado, vestido con pantalones y una capa roja, una corona de papel dorado y un palo o espada como cetro.

Esas noches Aragón se sentía realmente monarca y su mirada brillaba de felicidad.

Murió el 21 de diciembre de 1974 a los 83 años. Dicen que ese año, el Carnaval derramó una lágrima, fue suspendido, nunca se sabrá porqué, pero sí sabemos que ningún otro rey volvió a reinar.

Es legítimo, entonces que este personaje entrañable resurja de la nostalgia del pasado trayendo un atisbo de alegría y permanezca en la memoria de los habitantes de nuestra ciudad. Y así el carnaval rosarino y los poemas de su último rey vivirán la eternidad de una imborrable leyenda popular.

Alberto Kreimer Urkovich
FOTO CON LA ESTATUA

La calle Rivadavia en la ciudad de Rosario va y viene alrededor del hermoso Parque Norte, a metros del río. El parque en su parte más ancha impide ver desde los autos que van a los que vienen.

Entre las calles Rodríguez y Pueyrredón, donde Rivadavia se hace de ida y vuelta, el parque alberga sobre una estructura de hormigón decorada con lajas de frente de casa de barrio obrero, una vieja locomotora, símbolo orgulloso de un tiempo que ya no es, en la que chicos y grandes se trepan y juegan.

Unos pasos más allá, hacia el centro, bajo dos jacarandás, hay tres bancos de plaza.

Los de los extremos, de madera. El del centro, de bronce. En él se sienta, con las piernas cruzadas, y sonriente la estatua de Alberto Olmedo. Entre este banco y el tercero, yendo para el centro, hay una estructura de material en la que están las máscaras de los personajes que lo hicieron el cómico más famoso de su época en el país y doblemente querido en la ciudad, ya que ellos llevan el nombre de sus amigos de toda la vida. Al pie de esta estructura hubo una placa de homenaje que fue robada hace tiempo.

A diferencia de tantas estatuas que se miran sin ver, esta cobra vida en el homenaje que la gente le brinda, día a día.

Junto a él se sientan a toda hora gentes de todas las edades y sexos para sacarse una foto, abrazarlo y besarlo con esa manera tan argentina para con nuestros muertos famosos.

Una tarde de otoño, de esas en las que el invierno pelea con el sol de media tarde haciendo de Rosario una de las ciudades más bellas y amables para pasear despreocupado, una

pareja corrió a fotografiarse junto a él. Ella cariñosamente lo abrazó y recostó su cabeza sobre su hombro apoyando su mejilla derecha al bronce. La retiró con violencia diciendo: "¡Está frío!".

El fotógrafo contestó con masculina autoridad: "Por supuesto, si está muerto".

Alicia Velázquez

CON LOS OJOS BIEN ABIERTOS

Crucé la frontera en taxi. Ya la noche cubría la pequeña ciudad, cuadras oscuras apenas alumbradas por focos colgaban en las esquinas. En alguna casa, una bombita encendida.

Pasaré la noche aquí, mañana tomaré el tren- pensé.

Traía en mis ojos el destello de otros rostros, otras lunas, otros paisajes, lánguidas flores arrancadas, semillas arrastradas por el viento.

Transcurría la década de 1980. Ya no quería desplazarme para vivir, no quería buscar otro lugar donde llevar mi gran vacío. Necesitaba llegar, negar mi desamparo, reconocermelo como parte de algo, pertenecer a algún sitio a costa de mi propia ceguera.

Al final de la calle, una pequeña pensión. Entrando una sala en penumbras. Un empleado solitario, tal vez por la avanzada hora de la noche. Frente a él una mesa, un cuaderno, una birome y un gran llavero. Rutinariamente tomó mis datos, las llaves y me acompañó.

Atravesamos un pasillo estrecho, Un difuso haz de luz, un lento devenir de sombras y susurros. Al final una escalera empinada. Subimos en un equilibrio precario. Entré a la habitación asignada. Dejé mis bolsos. Abrí la ventana, el aire estaba enrarecido. Volví a salir. Caminé unos pasos. Al llegar a la esquina, un bar. Entré. El olor a café humeante, un cuchicheo que para, miradas que desnudan.

En una de las mesas cercanas al ventanal que daba a la calle, dos hombres, naipes y el humo de un cigarrillo. Rostros sombríos, tensos. Final de juego. Algunos curiosos se acercaban para verlo. Pedí un cortado y un vaso de agua. Lo bebí,

dejé los billetes sobre la mesa, eché la silla para atrás. Y otra vez mis pasos inquietos en la vereda de ladrillos, otra vez parada ante la oscura puerta de la habitación.

Me desvestí, abrí la ducha. Un suave perfume esparcido en el vapor cubrió mi cuerpo y el espejo. Vi mi rostro demacrado. Cerré mis ojos y dejé que el agua tibia corriera por mi pelo cubriendo mi frente, mi cabeza, toda mi piel.

De repente, creí escuchar ruidos y voces que venían de afuera. Creí oír el ruido del picaporte. Me temblaban hasta los dientes. Un gusto amargo en la boca, un olor como a hoja, a tabaco ardido entró por mi nariz ahogándome. Resbalaba, me caía. No pude distinguir nada más, todo se había borrado. Ante mí, la nada, imprevista desaparición del amplio universo. Cerré la canilla del agua, sequé mi cuerpo y desnuda me tumbé en la cama, con manos frías tapé mi cara y lloré. Mientras la inexplicable resistencia al sueño, caía como una pesada cortina.

Con los ojos bien abiertos, la luz del amanecer me sorprendió. Al salir a la calle un hallazgo maravilloso: frente a mí la ciudad ruidosa, la agitación de la cálida mañana, la esperanza en las estampas vivas de un nuevo día. Caminé como una perrita que ha encontrado su dueña entre la gente, casi corrí hasta la antigua estación de trenes. En andén, las vías, el bullicio, los viajeros que se juntan, algunos rostros entristecidos, otros que conversan y ríen. Me acerqué hasta la boletería y pedí: -Por favor un pasaje a Rosario-

Guardé el billete como si fuera un tesoro. En la sala de espera, un televisor encendido.

La marcha de la bronca de Pedro y Pablo como fondo musical en la emisión del cierre de campaña electoral en Rosario. Desde la plaza San Martín hasta el Monumento, la ilusión colmando las calles, la emoción a flor de piel en los rostros. Un solo grito: la superación de lo prohibido elevándose en el fervor de la noche rosarina. Hileras de colectivos y una explosión de

sentimientos y fuegos artificiales frente al palco del histórico Monumento a la Bandera.

Inolvidable, con los ojos entornados y una sonrisa en la boca, pensé: -Como las olas que barren la costa, la cercanía de la paz se vislumbra.

Ezequiel Caminiti
ESQUINAS

*“Solo me queda el goce de estar triste
esa vana costumbre que me inclina
al Sur, a cierta puerta, a cierta esquina”*

J. L. Borges (1964)

Mi papá es un hombre costumbrista. Siempre me cuenta que la columna antigua de hierro apostada en la esquina de su casa le salvó la vida cuando era chico. Fue al servirle de escudo contra un auto que descarriló. Todavía está erguida en Maza y Perdriel. Es una reliquia oxidada del alumbrado público, con una base sólida de hormigón que sostiene cables que vienen y van. No es una esquina demasiado importante para mí, aunque sí lo es para mi padre, que estuvo y estará siempre en el mismo lugar.

A mí, en cambio, la vida me fue paseando por distintas casas y esquinas. Alguna vez pensé en imprimir un mapa de la ciudad y marcar con flúo los lugares que me fueron significativos: los departamentos donde viví; las escuelas a las que fui; el baldío de calle Baigorria donde me dieron el primer beso; las barandas del parque Urquiza donde tuve sexo una noche de enero; la vereda par de Montevideo al 900 donde alguna vez me enamoré en serio. Quizá lo haga. Hasta podría encontrar algún patrón, un signo escondido. Vaya uno a saber.

Durante largo tiempo viví con mi pareja en Callao y 3 de febrero. ¿Quién habrá sido Callao? Seguramente algún político y/o militar argentino que luchó en bla, bla, bla. Las biografías de los próceres argentinos son siempre iguales. El que escuchó una las escuchó todas. Aunque parece ser que Callao no fue una persona, sino que es una ciudad portuaria del Perú, donde hubo un importante enfrentamiento con la Armada Española para la independencia de nuestra América. ¿Y 3 de febrero?

Efemérides del 3 de febrero: Batalla de San Lorenzo (1813); Batalla de Caseros (1852); la demolición de la casa de Rosas (1899); la caída de la dictadura de Stroessner (1989); muerte del dictador Lino Oviedo (2013). También es el día internacional del abogado.

Lo dicho, más de lo mismo. Esquina-inquina-argentina-vecina. Nada que se le parezca a la noche del 23 de octubre, cuando moriste. Esa sí es una fecha para recordar. Esas son las cosas que no se te olvidan, por más de que no exista monumento, calle o plazoleta que lleve tu nombre. Para cosas así, no hay forma de nominación posible. Para personas como vos, como nosotros, nunca habrá prensa ni distinciones.

Hagamos un poco de historia. Todo lo que sigue a la noche de, tiene un sesgo de sangre y muerte. La noche de Getsemaní, la noche de los cristales rotos, la noche de los bastones largos, la noche de los lápices, la noche maldita de octubre, cuando el médico llamó para decirme lo que te estaba sucediendo en otra esquina emblemática de Rosario, aquello que esperaba no tener que escuchar nunca. Pero así son las noches: un teléfono que suena en la oscuridad y la mala noticia.

Las esquinas, en cambio, son más benévolas. En general, sirven de referencia para un encuentro, un taxi, un amor, un atraco. Son cuatro las que confluyen en un cruce de calles, pero desde cada una, las cosas se ven bien distintas. Cada esquina es un rincón de la ciudad y esta ciudad es un mundo. Cada esquina tiene su propia personalidad, una impronta propia. Nunca será igual el paisaje ni la comodidad que sentís en la esquina de tu casa que en la esquina del frente. El solo hecho de cruzarte de vereda ya te convierte en un foráneo, y ese otro lugar se nos presenta como totalmente ajeno.

En la ochava S-O (suroeste) de Callao y 3 de febrero hay una columna exenta que sostiene un segundo piso triangular desde su bisectriz. Es un tubo liso y recto sin ornamentos arquitectónicos, pero que tiene la particularidad de estar pintado de manera tal, que parece una pluma-fuente invertida. Como si del

tintero azul Francia del techo bajara todo el contenido por la columna devenida en pluma Parker para inscribirse en el asfalto.

Ella y yo vivíamos cruzando esa esquina, en diagonal. Desde nuestro 3° piso al frente mirábamos la pandemia, las veredas solitarias por donde vagaba el virus como un transeúnte sin sueño, las ventanas de los otros edificios titilando de vida, y esa columna de lapicera azul, que distraía nuestra cuarentena de balcón, como la música, como las fotos, como los mates, como el cigarro.

Al igual que tantas otras cosas, hay que alejarse para poder observar la lapicera de cemento. De cerca no se aprecia bien; es mejor subir a cierta altura con una mujer que querés mucho y mirarla desde allí, o bien, enfocarla desde atrás de una cámara con trípode, como hacías vos para sacarme las fotos. Y yo, apoyando una mano contra un costado de la lapicera y con el otro brazo en jarra, modelando. Fotografías artísticas que vos editabas: más brillo, menos color, distinto contraste.

Yo te protestaba, porque el punctum del que hablaba Barthes no se encuentra al primer disparo y vos siempre querías sacar una más, y otra más, y la última. Distintos ángulos, distintas poses. Me quejaba, porque cuando uno desconoce lo que vendrá y tiene un presente cómodo junto a alguien que lo quiere, protesta por esas nimiedades: estar parado largo rato, abrazado a una pluma de cemento, con el sol en la cara.

La vida nos pasó por arriba, por abajo, por el costado, por enfrente. La vida me cambió hasta de esquina, pero esa columna-lapicera-pluma-fuente seguirá existiendo en Callao y 3 de febrero y seguirá existiendo en mi memoria emotiva. Mientras haya alguien que empuñe un recuerdo o un lápiz, se podrá seguir escribiendo nuestra historia. ¿Acaso hay alguna otra forma de llenar las ausencias? Un papel blanco que se completa y la muerte va cesando en su infinita rotación cuando el dolor se hace palabra.

Pienso en el apólogo de Heráclito: ¿cambiamos nosotros o cambian las aguas del río? ¿Cambia, todo cambia? ¿O, al igual

que mi padre, al igual que este país y al igual que algunas vidas ocres, todo sigue igual?

Tengo para mí la certeza de que la memoria y las personas modifican los lugares. Las esquinas de Rosario permanecerán inmutables en su arquitectura, pero se nos suceden todo el tiempo. Lo único constante es el cambio y la muerte. Pero no todo es olvido y no todo se pierde, como te perdí a vos, amor, una noche azul de octubre.

Daniela Cucco Catzaroff

IN MEMORIAM

*"Quiero que cada despedida amarga sirva
y que el daño en nuestro pecho se repare pronto
que aunque la vida no vuelva a ser ya la misma
el tiempo sea una brisa llevándose cada escombros
para que sigan vivos los que ya se han ido
y a través de nuestros ojos sigan contando su historia
porque sus nombres no caigan en el olvido
por todos ellos, in memoriam."*

S. D. Smith P. Parker

Cumplí los 18 y estoy en la colimba. En el Regimiento llega el olor al Swift, por suerte estoy acostumbrado. En uno de los dos mundos donde crecí era inevitable que penetrara por la nariz igual que las conversaciones en idiomas eslavos tratando de hacerse amigos de mis oídos. Ahí está una parte muy mía, en la República del Saladillo...ese lugar donde los apellidos de los vecinos eran difíciles de pronunciar, como el de mis abuelos búlgaros.

En la guardia nocturna no está permitido dormir, pero todos los soldados lo hacen igual. Salvo yo. Tengo sueño, pero algo que pasó en mi infancia me impulsa a buscar entre el insomnio y la oscuridad, una señal. Para dejarlo ir, como se fue el loco Carmelo dejándome con este tormento.

Mi otro mundo era diferente, el olor era a puchos, a sopa y guisos de las fondas, a café de los bares que en esa época ya parecían viejos, a grasa de los talleres metalúrgicos, a rancio de los conventillos y a una mezcla de colonias y creolina de los edificios convertidos en hoteles y pensiones luego de una vida de fama como prostíbulos. Las conversaciones se entendían, aunque eran un poco confusas para el piberío... se hablaba mucho de timba, de deudas, citas, canas, contrabando de tabaco y alcohol, de apuestas en las partidas de casín en el

club Unión y Gloria... A veces había corridas o peleas de puños mientras el Rey Momo, sin disfraz, le leía a alguien sus poemas o Rita La Salvaje, en batón, compraba caramelos de menta en el quiosco de mi abuelo. Los apellidos eran fáciles, italianos o españoles en su mayoría y algunos judíos.

El loco Carmelo vendía diarios en una esquina por la mañana con su hermano, a unas cuadras de nuestro barrio, pero por la tarde era número fijo en las calles de Pichincha.

Caminaba derecho por Riccheri desde calle Córdoba hasta Salta sin dejar de persignarse cuando pasaba por la Inmaculada y el padre Aparicio lo saludaba con aprecio. Como todos.

Muy flaco y alto aparecía con pantalones y saco marrón claro, arrugados. A veces traje gris, igual de arrugado. Camisa blanca. En invierno pullover escote en V y sobretodo oscuro.

La ansiedad por llegar era para pararse frente a las casas y garabatear algo con un lápiz muy corto, que parecía no tener punta, en una libretita con hojas amarillentas. Con mis amigos intentamos muchas veces ver qué escribía, pero se enojaba y protegía su tesoro contra el pecho.

Yo esperaba verlo cada tarde, era parte de mis simples ritos cotidianos: comprar el pan cuando salía de la escuela Almafuerte, ver dibujos en la tele comiendo el mejor sándwich de salchichón hecho por mi abuela Armida, un rato de tareas y día por medio ir a misa con ella en retribución a sus meriendas.

Me deleitaba viendo la figura larga y delgada de Carmelo improvisar pasos de tango, le encantaba bailarnos, entrelazaba sus brazos con el aire, la mirada clara de ojos casi transparentes fija en su pareja invisible y la sonrisa gigante mostrando unos pocos dientes, tan amarillos y gastados como las hojas de su libreta. Cuando el tiempo nos obligaba a quedarnos adentro, yo salía a la puerta del pasillo de mi casa para ver si pasaba. Nunca fallaba, y me dedicaba unos pasos, entonces era como que los ángeles le daban la oportunidad de manifestar su arte,

porque, mientras bailaba, el cielo cerraba sus compuertas y la lluvia paraba hasta que él danzando desaparecía de mi vista.

Y así transcurría su vida, garabateando y bailando. Y la nuestra.

Pero un día Carmelo se enamoró.

Se enamoró de Ana.

Ana era muy joven.

Ana tenía la tez morena y el cabello negro charol ondulado y largo.

Ana se instaló en una habitación con balcón en un primer piso frente a nuestro pasillo.

Ana era de Misiones. Un tren la había dejado en la estación Rosario Norte, frente al cabaret donde aún trabajaba algunas noches Rita la salvaje tal cual lo anunciaba el cartel modesto de tubos de neón verde y rojo.

Ana estaba enferma, había venido de tan lejos a atenderse al Centenario que quedaba a pocas cuadras.

Ana salía al balcón con un camisón blanco que la hacía brillar.

Ana era hermosa.

Y yo también me enamoré.

Mi obsesión por Carmelo no decayó, al contrario, ahora lo vigilaba. Contaba las horas que él esperaba a que ella se asomara. Trataba de estudiar los cambios en su comportamiento. Dejó de bailar. Dejó de anotar, ni siquiera pude ver si traía su libreta.

La situación en parte me molestaba, extrañaba la rutina a la que me había acostumbrado. Por momentos deseaba que Ana desapareciera y que todo volviera a ser como antes.

Me di cuenta que ahora ninguno de los dos dormíamos, se lo notaba cansado y cada vez más flaco. Yo desfallecía en las horas de clase. Tal vez esa misionera fue el primer amor de ambos.

Finalmente, después de unas semanas mis abuelos dejaron de disimular lo que estaba a la vista. Me acompañaron a la parada y me subieron al 225, el colectivo azul que conectaba mis dos mundos. Llegar al Saladillo llevaba una hora, pensé en bajarme cuando cruzaba el centro por San Luis, pero cada vez me alejaba más y no conocía las calles. Me quedé dormido, y me pasé de la parada, estaba al final del recorrido, en la entrada casi al frigorífico. El olor al Swift era demasiado fuerte allí. El chofer me indicó donde bajar cuando pegara la vuelta, mientras esperaba miré el boleto, era capicúa, me gustó y aún lo conservo.

Los días en el Saladillo eran muy agradables. Caminar por avenida del Rosario viendo las casonas me encantaba, jugaba a la pelota en la plaza Las Heras con los pibes del barrio. Mi abuelo el búlgaro tenía una panadería en calle Checoeslovaquia y yo lo acompañaba a hacer los repartos a Pueblo Nuevo, me gustaba pasar por La Mandarina y aunque sentía curiosidad por lo que estuviera pasando en mi otro mundo estaba bien con ellos y sus vecinos de apellidos raros.

Los quince días de exilio forzado terminaron porque tuve que volver a clases.

Ni bien llegué a Pichincha noté a mis abuelos incómodos, nadie se animaba a decirme lo que había pasado. Aún hoy no sé si los hechos ocurrieron así, un poco porque me escatimaron información y otro poco porque sabemos que las historias se distorsionan. Confío en mi mejor amigo a pesar de que tenía mi misma, y corta, edad, este fue su relato:

Ana estaba desmejorada. Carmelo también. Ya no vendía diarios y sus guardias frente al balcón eran eternas.

Ana un día no se asomó. Carmelo estaba inquieto. Dicen que se trepó por el balcón y subió a la pieza de Ana. Que al rato bajó por las escaleras con ella desnuda en brazos y que se fue caminando por Suipacha para el lado del río. Nadie supo o no quisieron decirme si Ana estaba viva. Por las dudas

no pregunté. Pero lo que todos me dijeron es que, al irse, Carmelo dejó caer el camisón blanco frente a mi casa, aunque nadie lo recogió...

En esas guardias interminables y oscuras de la colimba y aunque habían pasado diez años, me seguía atormentando si él se había dado cuenta que yo también estaba enamorado de Ana y fiel a nuestra amistad quiso que me quedara con algo, a veces pienso que el camisón sólo cayó y el viento hizo que terminara en mi vereda, o que lo sucedido fue peor de lo que me contaron, o qué hubiera pasado si yo hubiera estado.

¿Y a dónde te fuiste Carmelo? Las tardes de Pichincha te extrañaron. Las veredas. Las casas, la iglesia y los vecinos. Ahí durante las guardias en el Regimiento fue tan vívido lo que sentí.

Pucha, pasaron tantos años de todo, no existe más la colimba, ni el colectivo azul, ni Rita, ni el Rey Momo, ni el club Unión y Gloria con sus carnavales y mesas de billar. Los talleres metalúrgicos, los bares viejos y fondas hoy son restos de moda. No queda mucho, por suerte aún conservo la centenaria casa de mis abuelos en Salta al 2900 y quién iba a decir que reabrió el mítico bar Villamil haciéndome un guiño para que me sentara hoy con un café esperando otra vez una señal.

NdA: Carmelo vivía con su madre y hermano en un pasillo en Córdoba al 2800 donde hoy está el cuartel de bomberos. Ayudaba a su hermano a vender diarios en la intersección con calle Ovidio Lagos.

Olga Pedemonte
UN TRIANGULITO EN EL SUR

En un principio nuestro barrio era un triángulo limitado por la calle Romero de Pineda al Este, Avenida San Martín al oeste y el arroyo Saladillo al Sur, surcado en su interior por calles con connotaciones históricas como Pago de los Arroyos, Dragones del Rosario, Francesco Frías, cuentan los vecinos que en la década de 1940 los primeros pobladores y que algunos de ellos compraron sus terrenos a familiares de Irigoyen. Con antiguos vecinos recordamos cómo era antes y comparamos con una mezcla de asombro y nostalgia como todo fue cambiando. “Era todo campo”, comenta una vecina, había tres o cuatro casitas por manzana, las calles eran de tierra, cuentan que el primer tendido eléctrico, lo hicieron los propios vecinos, instalando ellos mismos los postes, existen que confirman tal situación donde se pueden ver a Don Monzón, Don Ledesma, Don Ledesma, Don Martínez, Don Bogado, Don Bernabé, rodeados de herramientas y de niños, festejando ese gran logro. Entre las historias y anécdotas, el tema recurrente es el Arroyo Saladillo, lugar soñado para nosotros, ese era el lugar de encuentro durante todo el verano, algunos iban a nadar, otros a pescar, otros a tomar mate, otros a comer asado con la familia, era muy común llegar caminando, los chicos subía corriendo al terraplén mientras los adultos nos miraban como jugábamos en el trayecto, solo una tormenta de verano nos quitaba las sonrisas, disparábamos envueltos en toallones para que no nos mojara tanto la lluvia.

Es un barrio donde muchos somos familiares, nuestros antepasados nos cuentan de los carnavales, durante el día se jugaba entre vecinos y por la noche los famosos bailes de carnaval en el Club Irigoyen. Allí también se jugaba a las bochas, torneo de truco, también tenían equipo de fútbol. Hasta llegamos a tener un vecino que jugó en un equipo de primera de torneos de la AFA.

De calle Blandengues, al sur (antes llamada calle Patagonia, era más descampado, estaba al campo de Curti y al costado una quinta de frutales.

En el campo de Curti, se formó una canchita donde sábados y domingos era todo fútbol: casados contra solteros, jóvenes, veteranos, femenino, los arcos eran postes de madera, todo era una fiesta. En la década del 80' s se loteó y fue llamado barrio "Los Plátanos", ahora es de Irigoyen.

Cuando éramos niños había muchos terrenos baldíos, allí jugábamos, cazábamos mariposas, remontábamos barriletes, jugábamos a las escondidas, andábamos en bici por todos lados hasta que las mamis nos llamaban con un grito porque era hora de merendar.

Cuando empezaron a tener televisores (blanco y negro por supuesto), los chicos se juntaban todos en una casa, para ver algunas series de la época (Combate, Viaje al fondo del mar, Titanes en el ring, etc.).

Durante mucho tiempo, para tomar un taxi o colectivo, había que ir hasta Don Vega que estaba en San Martín y Muñoz, fuera de nuestro barrio, allí llegaba el trole, Línea M, más adelante tuvimos la suerte de tener la línea 51 (hoy 140) que nos quedaba más cerca.

También nos cuentan que en un principio las cosas tenían bomba manual de agua, agua potable, solo en canillas públicas, recuerdo una que estaba en San Martín y Francisco Frías, bien en frente del almacén de Pesceto, inolvidable, ingresabas y veías a las vecinas comprando de un lado y los vecinos tomando Amargo, del otro. Era el único lugar donde había teléfono. También era muy conocido el Almacén de Pardo, el Boliche de Jacinto, la carnicería de don Antonio, la despensa de doña Carmen, la panadería de doña Delfina.

Poco a poco los baldíos fueron desapareciendo, por San Martín había una placita que también fue edificada y hay ne-

gocios. En los 80' s llegó un ansiado mejorado para las calles, que nos cambió la vida, era recurrente que los vehículos cayeran en las zanjas.

Cuando se inauguró la circunvalación, en la década de 1980, el barrio quedó seccionado pasando a ser el límite sur, el barrio quedó más chico, pero aumentaron las edificaciones, algunos ampliaron sus casas para alojar a sus familiares, hoy en día somos muchos los que vivimos en casas heredadas de nuestros padres y abuelos.

Debo nombrar también a “La Escuelita” que era un Jardín de Infantes que funcionaba donde hoy está la Vecinal y que nos trae gratos recuerdos, muchos de nuestros hijos aprendieron sus primeras letras allí.

Actualmente la avenida San Martín, otrora fuera de tierra, es una arteria iluminada y señalizada que da gusto transitarla, que fue remodelada cuando se inauguró la Estación de Trenes Rosario Sur, que modificó la arquitectura de nuestra zona y aunque estamos acostumbrados a ver los trenes pasar y a veces ni nos damos cuenta de que color es la máquina que pasa y para donde va. Cada noche cuando suena la bocina del tren que va o viene de Retiro, es una invitación a seguir viajando con la imaginación y con los recuerdos, con la esperanza de seguir creciendo, seguimos siendo pasajeros de la vida, aunque no nos demos cuenta.

El Certamen Literario
TRESCIENTAS ROSARIO
tuvo el lema:

*Todos podemos ser escritores
a través de pocas palabras que construyan
memoria, que armen el mosaico de nuestra
ciudad siempre vibrante, diversa y cambiante.*

Miembros del Jurado:
Carolina Labayru
Arístides Palacios
María Paula Alzugaray

y fue organizado por la
Secretaría de Cercanía y Gestión Ciudadana
de la Municipalidad de Rosario
Rosario 2025



300
ROSARIO



Municipalidad de
Rosario